

Morgan, decía: «Ordinariamente, yo he encontrado quien me ayude donde he visto ganancia». Mr. Morgan llamaba a Mr. Gates «peligroso elemento en el mundo de los ferrocarriles», y Mr. Belmont hacía notar la estimación de los valores cuando el ferrocarril estaba en manos de Mr. Gates, no como indicadora de buena administración de la línea, sino de buena administración del mercado.

¿Qué significa todo esto? ¿Igualdad entre ciudadanos? ¿No demuestra, por el contrario, que algunos tienen poderosas ventajas? Se cuenta que Woodrow Wilson, Presidente de la Universidad de Princeton, en un banquete público dijo que a tal extremo habían llegado las cosas en Wall Street, que «los caudillos entre la gente de negocios manejaban los destinos de la nación». ¿Quiénes son los caudillos de la gente de negocios? Son los que pertenecen a la clase que disfruta ventajas especiales creadas o sancionadas por el Gobierno: 1.º, propiedad de elementos de riqueza natural; 2.º, impuestos sobre la producción y los productos; 3.º, concesión de exenciones, y 4.º, facultades para manejar la hacienda pública y jugar con el mercado público, y también las inmunidades con los Tribunales de Justicia, las cuales, cuando no creadas por el Gobierno expresamente, son, al menos, fomentadas por el Gobierno.

Los hombres, relativamente pocos, que poseen estas ventajas, ¿qué son sino Príncipes del Privilegio?

CAPITULO III

CÓMO VIVEN NUESTROS PRÍNCIPES

La manera de vivir de los que podemos llamar Príncipes del Privilegio, ¿no tiene muchos puntos de contacto con la opulencia regia? Se puede contestar que la suntuosidad de su vida excede a la de muchos príncipes herederos de tronos y patentiza la asombrosa distancia que hay entre ellos y las grandes multitudes de la República, asediadas por la miseria o por el miedo a padecerla.

Tómese, por ejemplo, la residencia en Nueva York del difunto Mr. William C. Whitney. Este soberbio edificio de piedra oscura, se eleva en la esquina de la calle Sesenta y ocho y la Quinta Avenida, en frente del Parque Central. Después de la muerte de Mr. Whitney, se vendió a Mr. James Henry Smith en 2.000.000 de dólares, que se consideró como un precio muy bajo en atención a las grandes cantidades gastadas en él por Mr. Whitney al principio y últimamente. Empezando por las puertas de hierro a la entrada, que pertenecieron al palacio de los Dorias en Roma, dicen los entendidos que, para el estudio práctico del decorado italiano, aventaja a cualquier museo de América y, en algunos aspectos, es un ejemplar de los palacios de la época de Alejandro VI y Leonardo, mejor que los que pueden encontrarse en Italia. Una de las obras maestras que decoraban las paredes de esta mag-

nífica residencia en vida de Mr. Whitney, era un retrato de Van Dyck, que, según cuentan, costó 120.000 dólares.

Un poco más al norte de la casa de Whitney, en la Quinta Avenida, está concluyéndose un palacio aun mayor. Es la residencia de Mr. William A. Clark, el rey del cobre de Montana y Arizona, que también es Senador de los Estados Unidos por Montana. Las pretensiones del Senador respecto a su casa, pueden ser deducidas de la piedra angular, que pesa diecisiete toneladas. Para traerla por ferrocarril desde la cantera, hubo que construir un vagón especial. Una simple piedra de chimenea, se supone costará 100.000 dólares. Impacientado por la tardanza en obtener objetos y adornos de bronce, compró una acreditada fundición y la hizo agrandar especialmente para subvenir a las necesidades de esta espléndida casa, que va a tener un teatro capaz para quinientos espectadores.

Podríamos describir, palacio por palacio, los de nuestros Príncipes del Privilegio, que esmaltan en un par de millas la Quinta Avenida con tanta profusión como las suntuosas residencias de los nobles heroseaban las ondulaciones del Monte Palatino en Roma, antes de que el advenimiento del Imperio le hiciera privativo de la Mansión Imperial. Sin embargo, las residencias grandiosas no están, en modo alguno, reducidas a la Quinta Avenida. Encontramos, por ejemplo, la espléndida habitación de Mr. Charles M. Schwab, el príncipe del acero y de las construcciones navales, irguiéndose en el centro de una plaza cuadrada en la calle vigésima-tercera y Riverside Drive (Paseo de carruajes a la orilla del Río). El exterior de este edificio es el del château francés de estilo gótico y Renacimiento, anterior a 1550. Le han servido de modelo los célebres châteaux de Chenonceaux, Blois y Azay-le-Rideau. Una vez concluida, esta residencia de un ciudadano americano que hace veinticinco años empezó sin nada, no distará en coste de 7.000.000 de dólares.

Así podíamos seguir pasando revista a estos palacios. Si difieren en detalles, no por ello dejan todos de acreditar es-

plendor y riqueza. Cuanto la arquitectura, la mecánica y el arte decorativo dan de sí en nuestros días, en ellos se encuentra. Más que esto, los tesoros de los palacios de la Europa antigua han sido puestos a contribución para mármoles, bronce, lápidas, maderas talladas, tapices y una infinita variedad de pequeña ornamentación.

Dejando a Nueva York, podemos ir a otras muchas ciudades y también encontraremos regias moradas de los Príncipes del Privilegio. No es eso todo. No es solamente en las ciudades donde podemos contemplar un género de vida que, ni en sueños, hubieran podido vislumbrar los fundadores de la República y que ofrece un señalado contraste con las viviendas de la gran masa de ciudadanos, a la vez que achica la de la aristocracia blasonada de cualquiera nación de la Tierra. Tenemos fuera de las ciudades casas y residencias de campo más suntuosas que las villas romanas en los días más orgullosos del despotismo imperial, más espléndidas que las mansiones feudales cuando la antigua nobleza de Francia estaba en su apogeo.

Durante un siglo, la parte oriental de Long Island estaba escasamente salpicada de pueblecitos rústicos. En los diez o quince años últimos ha habido un cambio sorprendente. Largas zonas han sido adquiridas por ricos propietarios, tanto en la costa norte como en la sur, quienes han erigido magníficas residencias de campo, rodeándolas de bosques y jardines.

Una de ellas es «Harbor Hill», en Roslyn, en la playa norte. Es la casa de campo de Mr. Clarence H. MacKay, hijo y heredero del difunto Mr. John W. MacKay. Siguiendo la antigua propensión de los muy ricos a exhibir su abundancia en nombre de la caridad, Mr. MacKay, no hace mucho, abrió su regia morada para un bazar de beneficencia. Acudió una multitud. Los curiosos miraban el hermoso edificio y cuanto de costoso contenía, de modo muy parecido a como los turistas en Europa visitan e inspeccionan las moradas de las presentes y pasadas dinastías. En el salón, que ha costado medio millón de dólares, pudieron contemplar el retrato tan

comentado de la joven y distinguida dueña de la casa, pintado por Zarn; esta señora tuvo, por algún tiempo, el capricho de usar papel de cartas de color violeta en su numerosa correspondencia social y, encontrando que el color rojo de los sellos de dos céntimos de dólar desentonaba con aquel color, ponía siempre sellos de tres céntimos de dólar, por ser de color violáceo.

Otra vivienda semejantemente de categoría regia, es la de Mr. y Mrs. Howard Gould, en la playa norte de Sands Point. Se la llama «Castle-Gould». Recuerda el Castillo de Kilkenny del siglo XII en Irlanda, pero, cuando esté terminado, será mucho mayor, y amueblado sin dejar nada que desear. Los doscientos criados de esta gran dependencia; tienen la distinción, verdaderamente anómala en América, de vestir librea.

De Long Island, podemos pasar a Yonkers, unas cuantas millas al norte de Nueva York, y echar una ojeada a la casa y propiedades de Mr. William Rockefeller; a North Carolina, para ver «Biltmore», el palacio de Mr. George W. Vanderbilt, en la montaña; a Newport, con sus espléndidas mansiones; a Lenox y Tuxedo, con sus «cottages» (chozas) de un millón de dólares. Pero, quizá más interesante que ninguna otra, es «Georgian Court», de Mr. George J. Gould en Lakewood, Nueva Jersey. «Georgian Court» es como un château francés del antiguo régimen, enclavado en pinares. Delante del edificio hay una verja de hierro muy alta y una hermosa pradera que destacan a la perfección la majestuosa fachada. Más allá del château, hay un gran casino para diversiones que no sean al aire libre. Agrupados pintorescamente están otras construcciones accesorias y los terrenos para tennis y polo.

Esta casa de campo tiene un teatro particular con todos los requisitos de los teatros públicos más hermosos y una piscina interior para natación. También cuenta con más de ciento diez departamentos con dormitorio. Una de las más hermosas obras de arte de la residencia, es la fuente de Mac-Monnies, con su gran recipiente de mármol blanco y hermoso grupo de bronce y mármol, asentado todo ello en una prade-

ra como terciopelo. El interior de la casa, es el colmo del lujo. Bronces, latones, mármoles, tapices, mosaicos, alfombras, maderas preciosas, pinturas, marfiles, techos pintados por maestros italianos y miniaturas orladas de piedras preciosas; estas y otras mil cosas más halagan la vista en una profusión de riqueza. La mente se encuentra sobrecogida cuando se da cuenta de que no está contemplando el palacio de un monarca de Oriente ni un sultán de los cuentos de las Mil y una noches, sino la morada de un ciudadano americano.

Tal vez la nota más deslumbrante de «Georgian Court» es el Golden Corridor (Corredor dorado). El doble o triple de lo que, por término medio, gana al año un minero de antracita en Pennsylvania, se ha gastado en panes de oro para dorar una simple puerta.

Otro tipo de casa palacio de campo, es la de Mr. Matheson, en Ambler, pequeña ciudad de Pennsylvania, donde la gran mansión está rodeada de un enjambre de edificios más pequeños. Allí se yergue también, en situación muy pintoresca, una hermosa iglesia protestante episcopal, con preciosas ventanas de cristales de colores. No hay en esta casa del culto un ladrillo, un clavo ni una viga que no haya sido pagado por el dueño de la casa señorial.

Un ejemplar diferente de mansión regia es *the hunting lodge* (cazadero) de Mr. William Rockefeller, en los montes Adirondack, parte septentrional del Estado de Nueva York. En esta región, Mr. Rockefeller tiene 53.000 acres de terrenos de caza. Con la ayuda de otros propietarios y después de largos pleitos en los Tribunales y de haber recurrido dos veces a la última instancia del Tribunal Supremo, ha conseguido privar, a los habitantes antiguos de esas montañas del derecho consuetudinario que tenían a cazar y pescar en tierras y aguas que ahora le pertenecen. Hay otros varios grandes parques particulares de caza en los Adirondack, el mayor de ellos, 70.000 acres, el de Whitney, con corzos, venados y búfalos, y también para faisanes, perdices y otras clases de volatería. Este cazadero particular, de más de cien millas cua-

dradas, tiene unas cinco veces la extensión superficial de Manhattan Island.

En materia de viajes, ¡qué lujo por mar y tierra! La mayor parte de los opulentos tienen vagones propios. Mr. W. K. Vanderbilt gastó 50.000 dólares en el suyo. De la numerosa flota de yachts americanos, hay varios que cada uno ha costado de 500.000 a 750.000 dólares como precio de construcción, siendo el de entretenimiento probablemente más de 5.000 dólares al mes. Un perito en estas materias calcula que en este país se han gastado 44.000.000 de dólares en la construcción de yachts, y que alrededor de 8.000.000 se gasta anualmente en sostenerlos.

Lo mismo que con las moradas de los príncipes vivos, sucede con las de los príncipes muertos. Ahí está si no el imponente y sencillo sepulcro de Vanderbilt en New Dorp, Staten Island; la sepultura de Rockefeller en Cleveland, Ohio, dominando el lago Erie; la tumba de MacKay en la colina Oceán en Greenwood, Brooklyn. Esta tiene siempre un vigilante por temor de que haya vampiros de cementerios que vayan a robar los pobres cadáveres para exigir rescates a los parientes ricos, como se dió el caso con el cadáver del rico comerciante Mr. A. T. Stewart en la iglesia de San Marcos, en la ciudad de Nueva York. Masas de granito guarnecidas de acero, pórfido pulimentado, brillante onix, mármol esculpido, bronce modelado, incrustaciones de bronce, cristales de colores, se combinan de mil modos para hacer artísticas y duraderas estas habitaciones funerarias de nuestros Príncipes del Poder. La moderación no brilla en el gasto. Una ventana de la sepultura del príncipe ferroviario Lamont—verdadera maravilla de hermosura y de riqueza—bastaría con mucho para pagar los atrasos de alquileres que producen un promedio de 20.000 desahucios al año en el barrio de Manhattan, en la ciudad de Nueva York.

Así es que nuestros príncipes se encuentran rodeados por monumentos de su gran riqueza hasta en la sepultura. ¿Cómo esto puede compaginarse con la vida corriente en

pensamiento y en acción? Así como el privilegio no es normal, tampoco lo es la preeminencia a que eleva a sus poseedores. En efecto, en la vida de los privilegiados hay algo anormal a cada momento, a saber: un archimillonario tiene un teléfono a la cabecera de su cama y, antes de levantarse, todas las mañanas recibe desde su escritorio noticias por cable y telégrafo, y en igual forma da órdenes e instrucciones preliminares; es un verdadero esclavo de los negocios. Otro vive como un malhechor, rara vez se aventura a salir a la calle, como no sea seguido muy de cerca por una policía protectora. Otro hay que prefiere la vida de hotel a tener casa propia, y cambia de hotel con frecuencia por temor a que, conocidas sus señas, los mendigos y los pretendientes le asedien. Esta vida de incomodidad y molestias engendra a veces una dureza de corazón y estrechez de miras casi increíbles. Hasta tal punto se secaron los manantiales de la generosidad en el corazón de uno de nuestros príncipes más ricos y más conocidos, que amenazó con la ruina a un amigo de toda la vida, pobre y trabajador, para obligarle a pagar un pico de 80 dólares que aun le debía de un préstamo personal de 300 recibidos del poderoso.

Otros de nuestros potentados manifiestan propensiones opuestas en sus públicas y ostentosas donaciones, uno de ellos tiene la de erigir innumerables bibliotecas en las que inscribe su nombre. Por la frecuencia con que cita en sus discursos y en sus escritos al protector de las letras en Roma, es evidente que Mr. Carnegie quisiera ser considerado como el Mecenaz de idioma inglés de esta época (1). ¡Y cuántos

(1) En un discurso dedicatorio del nuevo edificio para biblioteca del Colegio Beloit, Wisconsin, el 5 de enero de 1905, Mr. Horace White dijo, valiéndose de cifras suministradas por Mr. Bertram, secretario particular de Mr. Carnegie, que, hasta la fecha, este señor había dado o se había comprometido a dar 1.290 bibliotecas a pueblos de idioma inglés. De ellas, 779 para los Estados Unidos. El coste total ascendía a 39.325.240 dólares, de los cuales 29.094.080 se habían gastado en este país, unos 6.000.000 en Inglaterra, unos 2.000.000 en Escocia y próximamente 1.475.500 en el Canadá.

de nuestros ciudadanos-príncipes han edificado iglesias o contribuido en gran escala a su construcción o a su sostenimiento!

Un tipo que evoca el del príncipe florentino de la Edad Media, Cosimo de Médicis, o el de su nieto, Lorenzo el Magnífico, protector de la sabiduría helena y de las artes liberales, es Mr. J. Pierpont Morgan. Es presidente de la junta del Museo metropolitano de Bellas Artes de Nueva York, y ha prestado por largo tiempo a esta exposición pública permanente, la más hermosa del hemisferio Occidental, espléndidas colecciones de porcelanas y varios lienzos de los mejores maestros italianos y holandeses. El Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, se ha enriquecido de igual modo con una espléndida colección Morgan de piedras preciosas, de tanto valor que requiere un departamento especial y la presencia de un vigilante. Estas no son más que parte de los tesoros de arte de Morgan. Mucho de lo que ha ganado en Wall y Lombard Street, se ha gastado en coleccionar cuadros, porcelanas, tapices, primeros impresos y otra clase de antigüedades. Personas entendidas en la materia, creen que sus tesoros de arte valdrán de diez a quince millones. Tiene una edición de las obras de Dickens, tasada en 130.000 dólares; el manuscrito auténtico del Libro primero del Paraíso Perdido, de Milton, valuado en 25.000 dólares; los tapices de Mazarino, valuados en 500.000, y se cuenta que, al pasar por la aduana cierta porcelana de la China, de gran valor, valoró un solo plato en 10.000 dólares. No hace mucho que un periódico recibió por cable la noticia de que Mr. Morgan había ofrecido infructuosamente 400.000 dólares por el único lienzo de Rembrandt «Saul y David», que forma parte de la colección Mauritshuis en La Haya.

Mr. Morgan pasa por aficionado al arte y, hasta cierto punto, por entendido. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de todo el que compra obras maestras. La competencia entre nuestros Príncipes del Privilegio ha sido una de las muchas causas que han producido el extraordinario aumento de

valor de las obras maestras en los últimos años. La moda es tener un número de obras maestras en la galería de uno, sea o no sea comprendido el arte de ellas por su dueño. De aquí el pedido de ellas a cualquier precio. Hombres hay entre los elevados al Poderío por el privilegio que pagan el precio del rescate de un rey por el derecho de colgar en sus paredes unos pies cuadrados, quizá no más que unas pulgadas de lienzo cubierto de colores, que nada para ellos significa como arte, pero sí como emblema de su riqueza.

Para otros, la muestra de la fortuna debe revelarse exclusivamente en el lujo de la mesa. ¿Y adónde puede llegar ese gasto? Sólo el coste del menú en una sola comida de lujo puede ser de 50 a 100 dólares cada plato, con vinos y cigarros de precios fabulosos. El mantel puede ser de encaje, muchos de los platos de oro macizo y, sólo las orquídeas para adornar la mesa, costar tanto como la República paga a un diputado por sus servicios de todo un año. El pugilato por novedades trae consigo mucho gasto. Una señora puede ofrecer a sus convidados albaricoques y manzanas con el monograma de ella artificialmente grabado por la luz solar, melones nacidos en rajás, uvas maduradas en sacos, tomates criados en viñedos cuyas raíces han dado patatas. En el rigor del invierno, puede tener por centro de mesa y con fruto plantas de fresa y cerezos enanos entre flores y hojas, pudiendo cada invitado coger a su placer y por sí mismo la fruta madura.

El comodoro Cornelius Vanderbilt refería con orgullo aun amigo suyo, cuando tenía sesenta o setenta millones, que el sostenimiento de su casa no le costaría 10.000 dólares al año. ¿Se pagarán con 10.000 dólares los sueldos del jefe y personal de cocina de su biznieto Mr. Alfred Gwynn Vanderbilt?

Indudablemente, hay entre los archirricos frenética emulación por deslumbrar en otros terrenos, como, por ejemplo, en las fiestas de sociedad. En una de ellas—el baile de Zeiter, Washington,—las joyas que se lucieron se apreciaron a bulto en 15.000.000 de dólares. ¿Qué puede haber más parecido a la pompa regia que la boda de miss Elsie French con Mr. Al-

fred G. Vanderbilt, o las nupcias más recientes Goelet-Whe-len? Una nota característica de una de las últimas grandes bodas, indicando — ¿cómo diremos? — ansia de exhibición, fue la exposición, entre los regalos, de la primorosa ropa blanca de la novia.

Si «el hábito hace al monje», nuestros potentados son verdaderos reyes, verdaderas reinas y verdaderos príncipes. Un joven de Nueva York, que acaba de instalarse en la Gran Bretaña, se gastó 40.000 dólares en un equipo de novio, según el rumor público. Mr. Cleveland Moffet calcula que hay 6.000 mujeres en Nueva York que gastan más de 6.000 dólares al año cada una en vestir, lo cual da una suma de 36.000.000 de dólares al año!

No es que condenemos las grandes riquezas particulares por ser riquezas, ni queremos que se crea ni un momento que censuramos el uso de ellas, en algunos respectos recomendable. Si hacemos mención de las enormes sumas gastadas por individuos en arquitectura, literatura, bellas artes y de otras maneras, es sin otro fin que hacer notar el gran cambio habido en la nación desde que, hace menos de ciento veinticinco años, John Hancock se enajenó las simpatías de muchos en Nueva Inglaterra por su «fastuosidad y despilfarro» (1).

(1) En «John Hancock, su libro», por A. E. Brown, pág. 203, se verá una carta de Hancock a su novia miss Dorothy Quiney. La carta, fechada en Filadelfia, 10 de junio de 1775, enumera algunos artículos que le envía. Imaginémonos un «ostentoso» joven rico de nuestro tiempo limitándose a esta modestia para con su prometida:

- | | |
|---|---|
| « 2 pares de seda blanca..... | } Medias, que cieo os vendrán bien. |
| » 4 pares de hilo blanco..... | |
| » 1 par de satín negro..... | } Zapatos; los otros se enviarán cuando estén hechos. |
| » 1 par negro Calem Co..... | |
| » 1 sombrero ligero, muy bonito. | |
| » 1 precioso abrigo de verano. | |
| » 2 gorras. | |
| » 1 abanico. | |
| » Deseo que te agrade y me satisfaría mucho que así fuera. Ten la bondad de escribirme. Haré todos tus encargos». | |

Mas ¿a cuánto ascendía el coste de esa vida dispendiosa, su mobiliario francés e inglés, su bodega, sus comidas, sus carruajes, su guardarropa, sus reuniones, sus bailes, sus conciertos y otras fiestas? Por mucho que ese gasto haya podido parecer entonces, es dudoso que el gasto anual de Hancock fuera, por término medio, la mitad de lo que nuestro contemporáneo, el joven Mr. James H. Hyde, gastó en un solo banquete a lo Louis XV, y es probable también que toda la fortuna de Hancock no llegara a la cantidad gastada por el joven Mr. Howard Gould en su vaquería de piedra, y su gallinero de piedra.

¡Las cosas han cambiado, en verdad! Ahora hay que esquilmar la Tierra para hacer fábricas que vistan a algunas hijas de la República; mientras que Martha Washington, siendo su marido el Presidente de la Nación, llevaba vestidos hilados bajo su propio techo.